

Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne



Le printemps 1936 en Espagne La primavera de 1936 en España



OP
PUB
R

En fin, todas estas conclusiones, abiertas sin duda a la discusión, al menos deben hacer reflexionar sobre si la «lectura política» de la Transición, aun siendo importante, debe prevalecer sobre la investigación de los múltiples factores que se dan cita durante aquellos años; una investigación que todavía contiene abundantes lagunas.

Gonzalo PASAMAR
(Universidad de Zaragoza)



Miradas cruzadas en torno al problema vasco

Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA
Jorge M. REVERTE

Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y Raúl LÓPEZ ROMO

*Sangre, votos, manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011),
Madrid, Tecnos, 2012, 403 p.*

El anuncio del cese definitivo de la actividad armada de ETA(m) el 20 de octubre de 2011 marcará, sin duda, un antes y un después en el devenir histórico del País Vasco contemporáneo. La sombra del terrorismo ha condicionado los debates públicos durante muchos años, y el historiográfico no ha constituido una excepción. Si, como señala acertadamente José Luis de la Granja en su prólogo, la primera generación de estudiosos reflexionó sobre la problemática incorporación del País Vasco a la modernidad liberal-capitalista, y la segunda –en plena efervescencia de la violencia etarra– debatió sobre su traumática adaptación a los principios del pluralismo democrático con la mirada puesta en la Segunda República y la Guerra Civil, la tercera generación de jóvenes investigadores tiene el imperativo moral de ofrecer una explicación plausible y compleja de este proceso conflictual que ha retrasado la normalización política de Euskadi por más de medio siglo.

Desde la perspectiva de lo muy contemporáneo, Gaizka Fernández y Raúl López nos ofrecen una decena de ensayos, publicados o rigurosamente inéditos, redactados de forma individual y conjunta, que se pueden leer tanto de forma independiente como interdependiente. Ninguno de ellos trata de la historia de ETA en sentido estricto, sino de lo que podríamos designar genéricamente como su alter ego: el movimiento *abertzale* o nacionalista vasco radical. No tenemos delante, pues, una nueva historia de ETA como grupo(s) terrorista(s), sino una síntesis explicativa de su entorno contemplado desde sus proyecciones como movimiento social, opción político-electoral y alternativa cultural. La utilidad de la perspectiva que nos proponen los autores salta a la vista: hasta ahora no se había optado por este orden de prioridades (la cobertura política, social y cultural sobre la lucha armada) en el análisis integral del conflicto vasco, y ello empobrecía irremediablemente el análisis resultante. Era necesaria una explicación multifactorial de la violencia, en la que junto a las causas socioeconómicas y políticas se destacase la agencia humana, la capacidad de elección concreta –racional o no, según nuestra perspectiva actual– que tuvieron los diferentes actores del drama vasco.

La relación de temas a tratar resulta elocuente. Se habla de la política de la exclusión, la escisión de ETA en 1974 y su división estratégica en las elecciones de junio de 1977, los intentos de creación de un frente nacionalista excluyente en Chiberta en la primavera de ese año, la formación y subordinación de HB a los dictados de ETA(m), el proyecto político de *Pertur* que desembocó en la creación de EIA y EE, la movilización de masas como respuesta del nacionalismo radical a la progresiva institucionalización democrática y los discursos y las prácticas sociales hacia las víctimas consideradas como enemigos a erradicar. A veces las presentaciones de cada capítulo resultan algo reiterativas, y no siempre se conecta con eficacia las estrategias de estos actores políticos con las respuestas, no siempre concordantes, dadas desde la estructura estatal. Pero la coherencia del conjunto resulta evidente cuando constatamos el enfrentamiento dialéctico de los valores de la comunidad *versus* los de la ciudadanía que atraviesa toda la obra.

El libro comienza en la protohistoria del nacionalismo vasco: los criterios y modalidades de la exclusión racial y la denigración del adversario condensados en la xenofobia antiespañola de la doctrina sabiniana, de *Aberri* y *Jagi-Jagi*. Sin embargo, durante el tardofranquismo el nacionalismo abertzale cambió estos principios de exclusión por otros basados en criterios lingüísticos e ideológicos, aunque siempre prevaleció el odio a España como principal línea de fractura simbólica: el enemigo interno entendido como factor de desnacionalización. La narrativa heroica-bélica-martirial que arrancó con la muerte de Txabi Etxebarrieta en junio de 1968 cobró nuevos vuelos con la ejecución de Juan Paredes, *Txiki*, el 27 de septiembre de 1975. La muerte de este primer mártir de origen emigrante dio nacimiento al Gudari Eguna y catapultó la popularidad de ETA como integradora de la comunidad vasca a través de su proyecto de liberación nacional.

Los dos siguientes capítulos dan cuenta de la trascendencia de las opciones tomadas por los diferentes actores a inicios de la Transición: el mosaico de tendencias de la izquierda nacionalista, que no logró crear una plataforma política estable hasta 1977, queda ejemplificado en la fracasada formación de un potente partido abertzale socialista y popular como se pretendió que fuera el Euskal Herriko Alderdi Sozialista (EHAS). Mientras que Euskadiko Ezkerra (EE) se presentó como plataforma electoral apoyada por ETA(pm) para las elecciones de 1977, ETA(m) fracasó en el boicot a las mismas, incrementando su aislamiento y radicalidad. Las reuniones frentistas mantenidas en Chiberta (Bayona) en abril-mayo de 1977 aparecen como un compendio de las complejas relaciones que mantuvieron el PNV y ETA desde los años sesenta. La discrepancia táctica y estratégica escenificada en esas reuniones generó los tres bloques en que se dividió el nacionalismo vasco desde 1978 hasta el final de la Transición: el colaboracionismo del PNV, el posibilismo de EE y el maximalismo de HB. No resulta extraño que el acuerdo soberanista de Lizarra en 1998 tuviese un recorrido limitado, y ya que se debió a factores coyunturales como la alianza sindical abertzale, la conclusión del proceso de paz en el Ulster, la crisis de los gobiernos PNV-PSE-EE y el problema de mantener la hegemonía política nacionalista tras la oleada de movilizaciones críticas suscitadas por el asesinato de Miguel Ángel Blanco.

La conformación de plataformas político-electorales de apoyo a las dos principales ramas de ETA son el contenido temático de los tres capítulos siguientes. La idea «mili» de separar orgánicamente el frente político y el militar en 1975 dio lugar a EHAS y luego al Herriko Alderdi Sozialista Iraultzailea (HASI) en julio de 1977. En ambos se apostó por el mantenimiento de la estrategia marxista-leninista de vanguardia armada. Tras la Mesa de Alsua de octubre de 1977, LAIA, EIA, ANV y ESB crearon una plataforma electoral para competir con EE. En abril de 1978, este proceso de convergencia dio lugar a Herri Batasuna

(HB), cuyo primer objetivo fue postular el no en el referéndum constitucional. En la rama «poli-mili», la ponencia *Otsagabia* diseñada por *Pertur* en 1976 trató también de separar la lucha política y la armada, pero encerraba la novedad de aspirar a una colaboración con la extrema izquierda no nacionalista a través del Euskal Iraultzarako Alderdia (EIA), que surgió en 1977 como hechura de ETA(pm), pero de la que luego se fue emancipando hasta integrar EE como plataforma electoral. Los autores cuentan en detalle la feroz lucha que se declaró entonces por el control del capital simbólico y político de la ETA histórica entre HASI (controlado por *Argala*) y EIA (dirigido por Mario Onaindia), con batallas secuenciales como la subordinación del sindicato LAB en octubre de 1980 y el control del diario abertzale *Egin* desde 1978. La querella se zanjó con la victoria electoral de HB sobre EE en las elecciones de 1979. Aunque el entorno «poli-mili» vio descorazonado cómo parte de su militancia se pasaba al abertzalismo más intransigente, la evolución política de ambas coaliciones dice mucho de su autonomía de relación con el «brazo armado»: mientras que el creciente control de HB por ETA(m) desde fines de 1979 condujo al abandono de LAIA y ESB en febrero del año siguiente, EE fue transitando —en medio de fuertes tensiones entre la táctica parlamentaria y el terrorismo— desde el maximalismo al socialismo democrático y desde el nacionalismo radical al heterodoxo con sus sucesivas alianzas con el EMK hasta 1978, el PCE-EPK en 1982 y el PSE-PSOE desde 1993.

Otro bloque de trabajos analiza la cultura política abertzale y el papel de la intensa movilización de masas con base en la metáfora del «pueblo en marcha» ya existente en los años treinta, como complemento de la estrategia de abandono y desautorización del régimen parlamentario autonómico y estatal. Los autores proponen una periodización de las manifestaciones callejeras desde la etapa épica antifranquista de 1966-1977 hasta el monopolio coactivo de la calle en 1978-1994 y la pérdida progresiva de hegemonía desde 1995 a 2011, con inflexión evidente en las manifestaciones espontáneas de protesta por la muerte de Miguel Ángel Blanco en el verano de 1995. La relación del nacionalismo radical con los nuevos movimientos sociales (especialmente de KAS con los movimientos feminista o antinuclear en campañas como la dirigida contra la central nuclear de Lemóniz) corrobora su gran eficacia a la hora de capitalizar estos movimientos reivindicativos de naturaleza transversal y politizarlos en sentido nacionalista. El último trabajo del libro abunda en estas estrategias colaterales: la historia de las erráticas relaciones del movimiento abertzale con las extremas izquierdas marxistas-leninistas es, como en el caso de los ensayos frentistas o la competencia electoral por el espacio nacionalista más radicalizado, la crónica de una frustración trasmutada en resentimiento y desencuentro permanentes. Ambos movimientos se vieron como posibles «compañeros de viaje» susceptibles de manipular a un interlocutor que era visto más bien como un enemigo al que había que anular políticamente. Pero la extrema izquierda desapareció virtualmente del mapa tras las elecciones de 1977, y prefirió refugiarse en los nuevos movimientos sociales.

El ensayo sobre la muerte del «español» plantea una propuesta sobre las diferentes formas de representación del enemigo. En la narrativa abertzale se encuentran todos los ingredientes de la demagogia victimista: la transferencia de la responsabilidad del atentado lejos de ETA y de la causa que dice defender por medio de una recreación historicista del presunto pasado nacional entendido como un agravio secular vindicado mediante un renacimiento a través de la violencia. Esta ideología claramente palingenesica vincula al nacionalismo radical vasco directamente con movimientos y regímenes totalitarios como el nazismo o el estalinismo, sobre todo cuando en ella se encuentran otros elementos retóricos como la dicotomización nosotros (vascos)-ellos (españoles), el belicismo redentor

que exalta la historia de una lucha proseguida desde las guerras carlistas, o el proceso gradual de estigmatización, incompatibilidad, segregación y eliminación del presunto enemigo. Las cuatro fases que establecen los autores para valorar esta representación del enemigo a través del tiempo explican mejor la designación de las víctimas que los posibles cambios en la justificación de sus muertes, si bien pueden constatar variaciones desde la condena inicial de los vascos franquistas como agentes de desnacionalización (1958-1966) en la línea marcada por Federico Krutwig, hasta la conversión de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado en objetivos legítimos de la estrategia de la «espiral» (1968-1977), la animalización y cosificación del enemigo en la etapa de la «guerra larga» donde sólo se pretendía acumular muertos en una ilusoria mesa de negociaciones (1978-1994) y la extensión del carácter de víctima potencial a todos los sectores sociales y políticos caracterizados por su identidad ciudadana antes que comunitaria durante la fase postrera de «socialización del sufrimiento». Lamentablemente, falta en el libro un estudio sobre las razones del declive de ETA(m) y el movimiento abertzale y el debate interno que condujo a la apuesta actual por una estrategia de abandono de la violencia.

Fernández Soldevilla y López Romo nos ofrecen una explicación final de la persistencia de la violencia en Euzkadi de carácter multifactorial, marcada por la atención a niveles macro, meso y microsocioal, de acuerdo con el modelo marcado por Donatella Della Porta en su obra *Social Movements, Political Violence, and the State* (1995). Evidentemente, la industrialización, la urbanización y la emigración masiva fueron el telón de fondo del renacimiento de un nacionalismo étnico y exclusivista que rápidamente entró en colisión con el carácter inherentemente represivo de la dictadura franquista. Pero la voluntad de los actores por asumir deliberadamente políticas identitarias excluyentes de etnia o de clase y por involucrarse decididamente en la espiral de la violencia política son factores esenciales que aparecen sistemáticamente en el libro y que son correctamente valorados y destacados en todo momento. La estructura de oportunidades culturales (la pervivencia del sustrato comunitarista excluyente de raíz sabiniana), organizativas (la adopción de modalidades de lucha armada ya presentes en el Tercer Mundo) y políticas (desde la torpeza represiva del franquismo al marco de facilitamiento de la acción que brindaban las libertades democráticas) jugaron en favor del terrorismo. Tampoco hay que menospreciar la incidencia coyuntural de factores como la represión legal e ilegal (la cifra de muertos en Euzkadi entre 1975 y 1982 que aporta Sophie Baby en su reciente libro *Le mythe de la transition pacifique*, Madrid, Casa de Velázquez, 2013, es de 390, de los que cerca de un 25% fueron obra de la represión policial y la violencia de extrema derecha), el «santuario» francés, la débil estrategia de unidad democrática de los partidos políticos, el carácter disuasorio del autogobierno o la virtualidad estimulante de la violencia que tenían las frustraciones de la población canalizadas eficazmente por HB. A ese respecto, no cabe duda de que las expresiones de la represión individual saltaron del ámbito individual al colectivo gracias a la mediación de redes sociales cada vez más densas e integradas en torno a la alternativa política abertzale. Un resentimiento eficazmente dirigido con objetivos políticos.

El libro de Fernández Soldevilla y López Romo, decididamente beligerante contra las tergiversaciones procedentes de la «comunidad incivil» abertzale, es un ejemplo a seguir de esa nueva historiografía vasca que se adentra sin complejos, pero con un sólido bagaje científico, en los vericuetos más intrincados de la historia reciente de Euzkadi.

Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA
Universidad Carlos III de Madrid

«Se necesita sangre y tiempo para hacer un pueblo». La frase es de un fanático etarra con pretensiones teorizantes, Manuel Pagoaga, y sirve para dar inicio a este libro. Lo cierto es que resume muy bien lo que viene después. Porque una de las grandes virtudes del trabajo de los dos historiadores vascos es ofrecer a los lectores una detallada y fundamentada exposición de lo que podríamos llamar las «verdades del barquero». Esas cosas que se pueden intuir pero que ellos se han obstinado en demostrar.

Porque en la historia de ETA ha sido siempre esencial la idea de crear una comunidad de gran fortaleza que fuera capaz no ya de sostener a la organización terrorista, sino de crecer hasta el punto de ser capaz de desplazar a la «otra comunidad». No hay que gastar mucho tiempo en describir que se trata de los *abertzales* y que los otros son los españoles.

Sangre han derramado mucha, pero tiempo no les ha hecho falta tanto. En sus cincuenta años de existencia, y basándose en los potentes basamentos que el nacionalismo tradicional, el PNV, les dejó servidos, los etarras han conseguido cimentar un poderoso entramado civil que es la base para emprender el asalto al poder en Euzkadi. Algo que no existía, esas comunidades enfrentadas, como sí las había en Irlanda (y eran la envidia de los etarras), se han ido construyendo poco a poco. Al menos, hay ya una: el mundo radical.

Este mundo tiene características muy fuertes: está inventado como abiertamente antiespañol, no desdeña la violencia, que está en su ADN por voluntad de los fundadores, y su carácter presuntamente de izquierda es irrelevante.

ETA, desde su nacimiento, pero sobre todo desde que se rompiera en los últimos años setenta y primeros ochenta, es una organización xenófoba, violenta y también interclasista. Su entorno radical, teorizado antes y creado a tiros, ha sido su apéndice, al menos hasta su derrota policial, y presenta las mismas características.

Esa naturaleza de las relaciones parece ahora haberse roto, tras la derrota policial de la banda. De modo que el frente civil de la organización ha tomado la iniciativa y depende en menor medida de la cúpula armada. Si se lee bien el libro, se puede concluir que eso es secundario. Porque la violencia está en el ADN, pero se utiliza o no en función de la correlación de fuerzas. Hoy, el uso de la violencia provocaría más daños que beneficios al entramado etarra, porque sus militantes clandestinos están en desbandada y carecen de capacidad de acción autónoma. Lo esencial es que la jefatura civil, comandada por Arnaldo Otegi y otros de su generación, sigue manteniendo la misma ideología. ETA no se desmantela porque representa un referente político de primera magnitud, no porque sea (por el momento y por mucho tiempo, quizá para siempre) útil su cualidad de estructura violenta. La no disolución, su mantenimiento en vida, se mantendría aunque no tuviera ningún militante en activo. Los que garantizan su continuidad son los que encabezan el movimiento político que se encarna en organizaciones como Bildu.

Es curioso observar, al paso de los años, cómo el plan diseñado por Telesforo Monzón en 1977 se ha ido concretando. La estrategia de la acumulación de fuerzas, para presentar en Madrid un «programa de pueblo» en el que es irrelevante todo aquello que no sea patriótico, ha alcanzado ya importantes cotas de éxito. Los nuevos patriotas, que dejan atrás a los viejos gudaris del PNV, pretenden actuar en dos nuevas etapas: la liquidación, primero, de la resistencia españolista (vasca) y española (Estado), y el posterior *sorpasso* de los tradicionales *jelkistas*.

Creada la robusta comunidad nacional a la que todos los nacionalistas aspiran, ETA podrá seguir existiendo, sin necesidad de matar, pero con el recuerdo vivo en las cabezas de todos los demás, de los «otros», de que de ella nace la legitimidad de la lucha, y que de ella ha nacido la estrategia paciente de la victoria.

En la hipótesis, desgraciadamente no descabellada, de que la estrategia llegara a tener un éxito completo, aparecerían nuevos problemas: los que se crean en toda sociedad uniformada cuando sus ciudadanos han conocido la libertad. Pero, de eso, ya no habla este libro, porque es de historia.

El texto es enormemente sugerente por la claridad de sus tesis y lo rotundo de su documentación. Está, además, muy bien escrito. Pero, sobre todo, su mérito está en que trae en el momento actual al debate (si es que lo hay) una visión certera para evitar engaños y errores gigantescos. Para combatir al monstruo hay que conocerlo a fondo. Y, hoy por hoy, el entorno de ETA sigue siendo eso.

Jorge M. REVERTE

